
Hospitalidad y muerte en la Ruta Jacobea navarra. Evidencias arqueológicas e históricas

Mercedes Unzu Urmeneta
Gabinete TRAMA S.L.

Carmen Jusué Simonena
UNED – Pamplona

Resumen Una ruta tan transitada a lo largo de más de un milenio como es la ruta jacobea, ha hecho que la hospitalidad y la muerte estén íntimamente ligadas a ella. Además de numerosa documentación referente a este hecho, existen una serie de evidencias arqueológicas en Navarra que conviene tener en cuenta, pues son diversos los enterramientos conocidos y excavados a lo largo del Camino y en otros lugares, que muestran la presencia de peregrinos o bien miembros de alguna de las cofradías santiaguistas de la región, aspecto que se manifiesta, entre otros elementos, por haber sido enterrados con una vieira, símbolo inequívoco de haber realizado la peregrinación al sepulcro del Apóstol. Las diversas evidencias arqueológicas se han localizado junto a la ermita de San Salvador de Ibañeta, en Roncesvalles, en Pamplona (entorno de la Catedral, plaza del Castillo, casa del Condestable), en Santa María de Eunate, en el Santo Sepulcro de Estella, en el Santo Sepulcro de Torres del Río, en San Saturnino de Artajona, en el despoblado de Arlás en Peralta y en Santa María de Ujué.

Abstract Such a well-trodden route as the Camino de Santiago in the last millennium is inevitably bound up with hospitality and death. As well as voluminous documentation referring to these aspects, there is archeological evidence in Navarra that one has to bear in mind, because of the burials that are known and have been excavated along the Camino and in other places, which reveal the presence of pilgrims or members of one of the guilds associated with St James in the region, shown by the fact that a shell, a symbol of having done the pilgrimage to Santiago, is included among other elements of burial. Diverse archeological evidence has been located beside the church of St Salvador of Ibañeta in Roncesvalles, also in Pamplona (by the Cathedral, the Plaza del Castillo and the Casa del Condestable), in Santa Maria de Eunate and in the Holy Sepulchre of Estella, in the Holy Sepulchre of Torres del Río, in San Saturnino in Artajona, and in the abandoned areas of Arlás in Peralta and in Santa María de Ujué.

La negra muerte arrebató a los esclarecidos monarcas juntamente con los hijos del pueblo, / a los opulentos y a los pobres labradores, a niños y ancianos. / Nada respetó, ni la robustez, ni la hermosura, / ni el vigor de la edad ni el sagrado lazo del parentesco. Esta inscripción renacentista, que figura en la clave del arcosolio del sepulcro del obispo Pedro López de Mendoza en el panteón de Oña (Burgos), es reveladora de lo inevitable de la muerte, lo pasajero de las cosas terrenas. Traduce toda una actitud ante la vida.

En la antigüedad, el temor a los muertos alejaba las sepulturas de las ciudades, las situaba a lo largo de los caminos, en una clara separación entre el mundo de los vivos y de los muertos. El cristianismo, cimentado sobre la fe inquebrantable en la resurrección de la carne, desarrolla una nueva actitud ante la muerte y la relación con los difuntos, con una especie de aproximación y convivencia entre muertos y vivos.

Realmente un camino tan extenso y transitado a lo largo de los siglos ha hecho que la muerte esté íntimamente ligada a él. Se conocen nombres y fechas de la defunción de numerosos peregrinos, aunque hay que tener en cuenta que serán muchos más los desconocidos, fueron muertes sin gloria, sin epitafios, sin relatos que las immortalice, pero conviene constatar la importancia que tuvo para el peregrino la realización del testamento¹ antes de partir y que, además, muchos hospitales y albergues disponían de escribanos para los que desearan testar. En caso de muerte, monjes y sacerdotes les administraban los sacramentos y les daban sepultura en iglesias y cementerios hechos en su beneficio.

NAVARRA Y LA HOSPITALIDAD EN EL CAMINO

Según un bello relato, en una fecha imprecisa del siglo IX, durante el reinado de Alfonso II de Asturias, un ermitaño, de nombre Pelayo, observó ciertos fenómenos luminosos, semejantes a una lluvia de estrellas, cerca del lugar en que habitaba. Advertido Teodomiro –obispo de Iria Flavia–, acudió junto a sus fieles al lugar señalado, en el que encontraron una cueva que contenía un arca de mármol. Los restos de su interior se identificaron con los de Santiago el Mayor.

Es un episodio en el que los datos reales –descubrimiento del sepulcro–, aparecen entretejidos con otros propios de tradiciones populares, pero que, en definitiva, explican los orígenes de Compostela. Efectivamente, cuando se produjo el descubrimiento, lejos estaba el obispo de Iria Flavia de imaginar las consecuencias que, con el transcurrir de los siglos iba a tener este hallazgo, que han hecho de él, uno de los lugares de peregrinación más importantes de la cristiandad.

Hacer referencia a las peregrinaciones a Santiago de Compostela, supone evocar uno de los acontecimientos que más influencia ha tenido en la configuración de las estructuras socioeconómicas, actitudes mentales o vida cultural de amplios sectores de los reinos cristianos peninsulares a partir del siglo XI. Porque, lo que comenzó siendo un hecho religioso, sin perder nunca este carácter originario, se

1 VÁZQUEZ DE PARGA, L., LACARRA, J. M^a, URÍA, J., *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, Madrid, 1948-1949 (2ª reimpr. con apéndice bibliográfico 1949-1992), Gobierno de Navarra, Pamplona, 1992, V. I, pp. 348-362.

convirtió, además, en vehículo de fecundas aportaciones demográficas, culturales, económicas... El culto a Santiago creó el Camino. El flujo de peregrinos, comerciantes o aventureros, continuamente renovado, especialmente numeroso en los Años Santos o «años de perdonanza», ha hecho la historia de este Camino.

Cuatro son los itinerarios que conducen hacia Santiago y que en Puente la Reina, en tierras españolas, confluyen en uno solo. El primero pasa por Saint-Gilles, Montpellier, Tolosa y Somport, el segundo por Santa María del Puy, Santa Fe de Conques y San Pedro de Moissac; el tercero, por Santa María Magdalena de Vézelay, San Leonardo de Limoges y la ciudad de Perigueux; y el cuarto, por San Martín de Tours, San Hilario de Poitiers, San Juan d'Angély, San Eutropio de Saintes y la ciudad de Burdeos. La ruta de Santa Fe, la de San Leonardo de Limoges y la de San Martín de Tours se juntan en Ostabat, y pasado el Port de Cize se unen en Puente la Reina a la ruta que pasa por Somport, formando desde allí un solo camino hasta Santiago. Con este singular y claro resumen comienza la *Guía de peregrinos*, y en tan breve texto se intuye ya la función nuclear de Navarra como encrucijada de los caminos jacobeos de Europa.

Una primera reflexión sobre el itinerario jacobeo de Navarra sugiere una temática de gran calibre histórico. La acumulación de viandantes europeos desde finales del siglo XI desencadenó en la encrucijada pirenaica una rápida metamorfosis social. Alumbrió, en concreto, un nuevo grupo de hombres de negocios, mercaderes, artesanos, hospederos, cambiadores de moneda. Nació así una burguesía cuyo acelerado crecimiento constituyó, apenas una centuria después, el factor más incisivo de equilibrio y compenetración en la sorprendente pervivencia de un reino casi inviable por sus dimensiones y emplazamiento. El Camino Jacobeo resulta de este modo un indicador capital de la que cabe enunciar como la gran inflexión “europea” de Navarra. Durante más de medio milenio habían conformado el país unas estructuras sociales y una cultura acuñadas desde los cuadros de poder tardorromanos incluida la cristalización de una monarquía pamplonesa de profundo sello cristiano en el siglo X.

Por los collados pirenaicos de Somport e Ibañeta y con los peregrinos y su cortejo de aventurados negociantes circularon intensamente elementos fundamentales de la civilización europeo-occidental. La *Canción de Roldán* propagó el nombre de Roncesvalles por todos los rincones de Europa. Sus estrofas más conmovedoras debieron de resonar con fuerza en el corazón de los peregrinos, caballeros, clérigos y viajeros que entraban en Navarra, tierra de leyenda, encantos y misterio. El flujo humano así encandilado, gestó en su trayecto nuevos poemas que imaginaron un Carlomagno peregrino, el primer devoto del apóstol Santiago, y un Carlomagno campeón de la reconquista española.

En tal perspectiva no parece raro que Aimerico Picaud, refinado autor de la célebre “guía” de peregrinos, exagerara los contrastes de un país tan diverso como el navarro. Resulta lógico que ensalzara la hospitalidad de sus congéneres, como los “francos” que habían forjado los burgos de Estella, y que censurara, en cambio, con toda crudeza ciertos comportamientos de los “navarros”, modestos labriegos de las aldeas señoriales, portadores además de una lengua tan exótica y “bárbara” a su juicio. Elogios e invectivas traducen el estereotipo literario que contrapone hasta la caricatura las conductas del hombre de ciudad y el de aldea.

En este orden de cosas, conviene tener en cuenta que, como hecho primordialmente religioso, la peregrinación tuvo que repercutir en la vida cristiana de los navarros. Es difícil medir su impacto en las conciencias y hábitos individuales. Son, en cambio, muy elocuentes ciertos indicadores sociales, como la renovación y proliferación de templos y otros elementos litúrgicos y piadosos y, sobre todo, las expresiones de la caridad divina en obras de misericordia. La hospitalidad evangélica había inspirado siempre la atención a los viandantes y desvalidos en las puertas de catedrales y monasterios. El auge de las peregrinaciones animó en Navarra, como en otras partes, un incremento espectacular de los dispositivos asistenciales. Se alzaron establecimientos hospitalarios promovidos por obispos y abades, como en Pamplona e Irache respectivamente. En las entradas pirenaicas de Aragón y Navarra surgieron grandes complejos de acogida para el peregrino, atendidos por cabildos de observancia agustiniana, Santa Cristina de Somport y Santa María de Roncesvalles. No tardaron en añadirse centros de órdenes especializadas en tareas asistenciales desde sus orígenes de Tierra Santa, los Templarios y, en particular, los hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Todas estas instituciones clericales encuadraron los pequeños “hospitales” anejos a iglesias rurales de titularidad privada; hacia ellas se orientó la piadosa largueza de los monarcas y los nobles de alta posición económica.

Es fácil imaginar que las condiciones en que peregrinaban a través de la Ruta Jacobea en la Edad Media eran totalmente diferentes; sin duda la naturaleza estaba mejor conservada, los bosques más extensos y la fauna más abundante, los núcleos habitados serían islotes salpicados en un medio poco alterado, condiciones quizás, apenas apreciadas por los peregrinos dado que los bosques y selvas serían temidos como refugios de fieras o de salteadores y, los pueblos y monasterios, ansiados como remansos de hospitalidad y de seguridad.

Existe en la *Guía del peregrino*, una descripción de cuales eran las etapas que los peregrinos efectuaban dentro de la Península: «Desde el Somport a Puente la Reina hay tres cortas etapas. La primera va de Borce, una villa situada al pie del Somport en la vertiente de Gascuña, hasta Jaca. La segunda va de Jaca a Monreal. La tercera de Monreal a Puente la Reina. Por otro lado, de Port de Cize hasta Santiago hay 13 etapas. La primera va de la villa de Saint-Michel, situada en la falda del Port de Cize en la vertiente de Gascuña, hasta Viscarret, es una etapa pequeña. La segunda va de Viscarret a Pamplona; es una etapa pequeña. La tercera va de la ciudad de Pamplona hasta Estella. La cuarta va de Estella hasta la ciudad de Nájera, claro está, a caballo. La quinta va de Nájera hasta la ciudad llamada Burgos, igualmente a caballo. La sexta va de Burgos a Frómista. La séptima, de Frómista a Sahagún. La octava va de Sahagún a la ciudad de León. La novena, de León a Rabanal. La décima, de Rabanal a Villafranca, en la embocadura del valle del río Valcarce, pasado el puerto del monte Irago. La undécima, de Villafranca a Triacastela, pasado el puerto del monte Cebrero. La duodécima, de Triacastela a Pallas de Rey. La décomotercera, en fin, de Pallas de Rey a Santiago, y es también moderada».

Realmente, lo primero que llama la atención en este itinerario es la desigualdad de las etapas y lo desmesurado de muchas de ellas, imposibles aun para jinetes. En cualquier caso, al final de una etapa el peregrino encontraba, generalmente, un

lugar de descanso donde reponerse de su larga andadura. Los hospitales, que el peregrino solía reconocer por determinadas señales –cruces, conchas–, ofrecían un mínimo de atenciones consistentes en lecho, sal, agua y lumbre para una noche. Los más importantes acogían al viajero hasta dos y tres días (Roncesvalles), les preparaban comida abundante, baño de pies y cabeza, e incluso contaban con asistentes políglotas para atender a los viajeros extranjeros. El lavatorio de pies, de componente ritual fácilmente comprensible para cualquier conocedor de los textos sagrados cristianos, tenía también un innegable carácter higiénico y de descanso para los fatigados y doloridos caminantes. Los enfermos recibían un especial cuidado en este aspecto, aparte de otro tipo de atenciones médicas.

No debe pensarse que el reposo ofrecido al caminante fuera siempre en una buena cama. Los hospicios más humildes dispondrían apenas de jergones de paja, pero los grandes centros (Roncesvalles, Real de Burgos, San Marcos de León, Santiago) ofrecían mayores comodidades, con lechos no muy diferentes a los que se han conocido en los pueblos hasta no hace muchos años. Colchas, sábanas, mantas y almohadas se colocaban sobre una tarima de madera, normalmente apoyada sobre patas. En las salas se acomodaban por separado los hombres y las mujeres, a menudo ocupado cada lecho por dos personas.

La comida dependía igualmente de las posibilidades económicas de cada hospicio, tanto en número de veces que se ofrecía a cada peregrino, como en la calidad de los alimentos y su cantidad. Desde el donativo único de agua, sal y pan podía llegarse a las cinco comidas y cenas de Roncesvalles en el siglo XVIII, que incluían pan, vino y carne salada –pescado los días de vigilia–, amén de queso y vino para la partida. En algunos años y lugares se han documentado más de 15.000 raciones anuales (16.000 en Saint Jacques de París en el siglo XV, 25.000 en Roncesvalles dos centurias después). Especial fama tuvo la atención alimenticia dispensada por la colegiata pirenaica y el Hospital del Rey de Burgos.

La asistencia religiosa no se limitaba a la lectura de textos sagrados. Los hospicios se instalaban cerca de iglesias o ermitas, o tenían capillas propias, atendidas por religiosos y la atención dispensada a los enfermos no siempre era suficiente para su restablecimiento. Si los peregrinos fallecían, era también deber de los hospitales darles digna sepultura. El carnario de Roncesvalles en la capilla del Espíritu Santo es una de las mejores muestras de esta obra de misericordia.

Paralelo al desarrollo de la hospitalidad es el de las cofradías creadas en su entorno para contribuir a su sostenimiento. Casi todos los centros importantes dispusieron de una cofradía. Herederas de estas sociedades de origen medieval y tempranomoderno deben considerarse las múltiples asociaciones de amigos del Camino de Santiago surgidas en el siglo XX, al hilo de la revitalización del fenómeno jacobeo.

EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS E HISTÓRICAS SOBRE ENTERRAMIENTOS
EN EL CAMINO JACOBEO NAVARRO

1. Roncesvalles. San Salvador de Ibañeta

A las puertas de la Península Ibérica, apenas traspasado el umbral pirenaico y al comienzo de una llanura que constituye uno de los parajes con mayor atractivo de la zona de la montaña navarra, se asienta Roncesvalles, lugar mítico para cuya comprensión es necesario rememorar la importante labor desarrollada por la Colegiata, el establecimiento religioso y asistencial navarro que ha alcanzado mayor renombre en el Occidente europeo como lugar de asistencia en la peregrinación hacia Santiago, así como el poderoso influjo de su nombre relacionado, como ningún otro, con los mejores y más populares ejemplos de la literatura épica medieval.

Pero Roncesvalles no es solamente un centro religioso de larga tradición histórica, o un hospital y albergue de peregrinos. Organiza además un conjunto de edificaciones con arreglo a un cierto urbanismo. En situación fronteriza desde el siglo XVI, y escenario de guerras y diversas contiendas, sus edificios medievales se reducen exclusivamente a la iglesia de Santa María, la capilla de Santiago, el Silo de Carlomagno o capilla del Espíritu Santo, e Itzandeguía. El resto de las construcciones son mucho más cercanas en el tiempo y ocultan, o al menos han oscurecido, un urbanismo anterior que apenas asoma con dificultades en campañas arqueológicas e importantes restauraciones.

Pero antes de acceder a Roncesvalles, se encuentra, en el alto del puerto, la ermita de San Salvador de Ibañeta, lugar mítico, escenario quizá, de la batalla de Carlomagno y primer centro de acogida secular en la fragosidad pirenaica. Aquí, posiblemente moriría Roldán, el primero de los pares de Francia con sus once compañeros, lo mejor de la aristocracia franca, dejando a su monarca sumido en la mayor de las tristezas, y a los europeos de los siglos venideros una de las más hermosas escenas de su literatura y su historia. La *Canción de Roldán*, disfrazará la historia, y cambiará a los vascones por musulmanes, porque sólo una gran nación, debía tener poder para derrotar a un gran hombre; y sustituirá la estrategia militar fracasada por la traición de los amigos, porque sólo la traición podía explicar que la cabeza militar de la cristiandad fuera vencida por sus enemigos religiosos². No importa mucho cuánto había de cierto en el relato y cuánto de fantasía aumentada por los cantores a lo largo de los siglos. El lugar está más o menos allí, cuando la vista, tras subir angustiada hasta Ibañeta, puede finalmente descansar perdiéndose entre los valles y colinas que se abren hacia el sur.

Cuando ya el tránsito de peregrinos, a partir del siglo X, se hizo efectivo, necesitaban ante todo un lugar de reposo después de la complicada subida de los puertos pirenaicos hacia Lepoeder, Altobiskar e Ibañeta. No bastaba el recuerdo de pasadas gestas y era imprescindible el auxilio físico y espiritual para sanar el cuerpo y el alma fatigados por el esfuerzo. Por ello, no es de extrañar que desde el siglo XI

2 MIRANDA GARCÍA, F., RAMÍREZ VAQUERO, E., *Roncesvalles*, Panorama, 27, Gobierno de Navarra, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1999, p. 11.

hubiera en el alto de Ibañeta un pequeño monasterio-hospital dedicado a San Salvador, y que este albergue fuera entregado por el rey Sancho el de Peñalén a otro lugar con la misma advocación, San Salvador de Leire, a quien quería encomendar especialmente el cuidado de aquéllos que entraban en su reino. Un hospital en medio de las tormentas de nieve y agua y de las nieblas persistentes. La leyenda, una vez más, le puso en contacto con Carlomagno y Roldán, de tal manera que capilla de Carlomagno o de Roldán serán, también, sus denominaciones habituales³.

Un lugar que, a lo largo de los siglos iba a servir de enterramiento de los peregrinos fallecidos según citan diversas crónicas: “En Roncesvalles se enterraban en la iglesia del Espíritu Santo..., o bien en la circunferencia del puerto donde se enterraron los que murieron en la batalla de Carlomagno”⁴. Un emplazamiento que, además, acogía y guiaba al peregrino mediante el toque de campana: “Y para que se entienda más la piedad y cuidado que en esto se pone, se ha de advertir que en la ermita de San Salvador de Ibañeta, que es la capilla de Carlomagno, donde primero estaba el hospital, como queda dicho, y que está en la cima del Pirineo, vive un ermitaño para que taña la campana desde que se hace de noche hasta las diez de la misma noche, para que sirva de guía a los caminantes y peregrinos que en los montes circunvecinos caminaren, y llegados a la ermita hallan albergue y sustento”⁵. Es decir, San Salvador de Ibañeta como lugar de acogida y lugar de enterramiento.

En este sentido, hay un dato de interés en este lugar, que debe ser comentado ya que habla elocuentemente de ciertas labores arqueológicas realizadas en el lugar en 1934 al desescombrar los restos de la capilla derruida por un incendio en 1884. En efecto, el 23 de agosto de dicho año, *Diario de Navarra* publicaba que “en las excavaciones iniciadas por el Consejo de Cultura de Navarra en las minas de San Salvador, sobre la cumbre del monte Ibañeta han sido descubiertas dos sepulturas en cuyo interior se hallaron dos esqueletos de grandes dimensiones. Los técnicos suponen que estos esqueletos corresponden a Rolando y Oliveros y mañana subirán a la cumbre miembros del Consejo de Cultura de Navarra para examinarlos y apreciar si se trata de lo que se supone”. El hecho produjo cierto revuelo y fueron muchas las personas que se acercaron al lugar para ver los enterramientos de los míticos héroes franceses.

Días más tarde, el 7 de septiembre de 1934, las circunstancias del hallazgo y otros múltiples datos fueron publicados por Agapito Martínez Alegría⁶ y en dicho artículo muestra una serie de informaciones que actualmente, más de 75 años después, pueden resultar sorprendentes, dado que realiza interesantes descripciones de la excavación e, incluso, ofrece datos sobre los análisis que se realizaron de los esqueletos. Es decir, se realizó una excavación en el subsuelo de la capilla, encon-

³ *Ibidem*, p. 18.

⁴ Declaración realizada por el médico don Guillermo de Arrain, el 13 de junio de 1663. Cita: VÁZQUEZ DE PARGA, L., LACARRA, J.M^a, URÍA, J., *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, V. III, pp. 79-81

⁵ BURGOS DE ELIZONDO, M., *Historia de Roncesvalles*, Manuscrito de la biblioteca de Roncesvalles. Cita: VÁZQUEZ DE PARGA, L., LACARRA, J. M^a, URÍA, J., *Las peregrinaciones a Santiago...*, V. III, p. 83

⁶ Nacido en Aguilar de Codés el 20 de septiembre de 1885. Después de doctorarse en la Facultad de Teología de San Alberto vuelve a Roncesvalles, donde fue canónigo y, después, prior.

trándose, el primer día, como ya se ha comentado, dos esqueletos, uno de ellos de proporciones extraordinarias, apareciendo, al día siguiente otros nueve esqueletos. Curiosamente al lugar acudieron una serie de médicos (el de Garayoa, dos de Madrid, el de Burguete y el doctor Hornos de Zaragoza), que determinaron que eran esqueletos de hombre, de gran corpulencia y robustez que en el tiempo del enterramiento tenían entre 30 y 50 años, excepto uno que parecía un anciano. Habían sido enterrados con gran cuidado, en cistas excavadas en el suelo y cubiertas por una losa, con los brazos cruzados sobre el pecho y, excepto los dos primeros, en una sepultura común. Según ellos, pertenecían a personas distinguidas, pues los soldados anónimos de una batalla se sepultaban amontonados en una o varias fosas. Asimismo en la excavación se recogieron un conjunto de monedas de plata.

Estudiadas dichas piezas monetales años más tarde por Felipe Mateu Llopis⁷, se trataba de 6 monedas de plata del rey de Inglaterra Etereldo II (978-1013) y una styka de cobre, también inglesa, del siglo IX. Representan, por tanto, un interesante documento de la entrada por Navarra de gentes europeas.

En el año 2009, se realizaron unas excavaciones y una serie de sondeos, dirigidas por M. Unzu, en el entorno de la actual ermita de Ibañeta, localizándose de nuevo un conjunto de sepulturas en una de las cuales apareció un fragmento de concha de vieira⁸.

Respecto a este enclave, ya se ha comentado que el apoyo al caminante resultaba especialmente necesario habida cuenta de que se trata del paso natural, aunque penoso, del Pirineo occidental. Si a ello se une el rápido empuje de la peregrinación a partir del siglo XI, nada extraña la existencia de una nueva hospedería acreditada documentalmente a comienzos del siglo XII. Pero la cima del puerto no era la mejor de las ubicaciones posibles y pocos años después la fundación se trasladó a un lugar más abajo, más espacioso y confortable: Roncesvalles.

Por lo tanto, habida cuenta del empuje del fenómeno jacobeo a comienzos del siglo XII, no parecía lógico que la cabeza de la iglesia Navarra, el obispo de Pamplona, permaneciera al margen de la asistencia en la entrada de los caminantes en su diócesis –conviene recordar que San Salvador de Leire, en Ibañeta, y Santa Cristina de Somport, en Burguete, habían monopolizado la ayuda al peregrino durante medio siglo–. Por ello, el obispo Sancho Larrosa decidió crear, en 1127, una cofradía de laicos y eclesiásticos que atendiera un nuevo albergue. La obra, dedicada a Santa María, muy pronto se mostró insuficiente, de tal manera que era imprescindible que se instalara una comunidad religiosa de manera permanente y en 1135 una colegiata de canónigos presidida por el prior Sancho, estaba en marcha al frente del hospital.

No se trata en estas páginas de hacer referencia a la hospitalidad otorgada por Roncesvalles a lo largo de los siglos pero sí recordar que, probablemente la pri-

7 MATEU LLOPIS, F., “El hallazgo de “pennies” ingleses en Roncesvalles”, *Príncipe de Viana*, 11, Pamplona, 1950, pp. 201-210.

8 Las compañías de producción IDEM, ITP, MODÉLICA y SMAC encargaron a Gabinete TRAMA S.L., la prospección y la realización de diversas catas arqueológicas en las zonas de Roncesvalles, Ibañeta, Valcarlos y Lepoeder con el objeto de verificar las tesis historiográficas existentes sobre la batalla de Roncesvalles, así como el estudio de los hallazgos realizados en la zona en 1885 y 1934, como parte de la película documental *778-La Chandon de Roland*.

mera iglesia de la Colegiata, subsiste todavía, aunque irreconocible tras sus muros reformados. Se trata, quizás, de la capilla del Espíritu Santo, *Santi Spiritus* o Silo de Carlomagno. Cementerio de peregrinos desde que se pierde la memoria, la tradición situaba allí el monumento construido por el propio monarca franco para los compañeros de Roldán muertos en la batalla del 778. Todavía hoy sirve de reposo a la comunidad que atiende la colegiata.

Como de tantas otras cosas, poco se sabe con certeza de la localización del primitivo albergue, pero el poema de Roncesvalles recogido en el códice *La Preciosa* describe con bastante detalle los cuidados y normas que regían la vida del centro a principios del siglo XIII, cuando la colegiata iniciaba su despegue económico y su fama asistencial alcanzaba mucho más allá de Navarra y describe su empleo como osario de peregrinos⁹. Desde el punto de vista temático, el poema es un canto de alabanza a las diversas obras caritativas que se dispensaban en Roncesvalles y en él se da cuenta de las obras de misericordia que se daban a los caminantes. Sin embargo, hay que pensar en cierta retórica en la visión laudatoria de un poema que no duda en situar legiones de ángeles vigilando el sueño eterno de los peregrinos muertos.

2. Pamplona

Y por el mismo ramal del Camino que nace en tierras pirenaicas, se accede a Pamplona, La Ciudad. Hasta finales del siglo XI, Pamplona, capital del reino al que daba nombre, con todo su peso político y religioso no pasaba de ser una pequeña ciudad en torno a una catedral. Sin embargo, diversos procesos que afectaron a todo el Occidente europeo iban a cambiar ese panorama en pocas generaciones.

El gozne del año 1000, tan teñido de leyendas sobre terrores milenarios, es por el contrario, un período de intenso crecimiento económico y de complejo desarrollo del entramado social europeo. Ese despegue se canalizará por todo Occidente a través de las grandes y pequeñas rutas que se habían heredado de la época romana o que crecían con las ciudades que poco a poco recogían el caudal económico y demográfico que generaba la expansión agraria y comercial. En el itinerario de una de esas grandes rutas, la vía Burdeos-Astorga, convertida, sobre todo desde el siglo XI, en el canal principal de la peregrinación a Santiago de Compostela, estaba Pamplona.

Así pues, Pamplona se hallaba en las mejores condiciones para despegar definitivamente de una situación que le daba más apariencia de pueblo grande que de auténtica urbe. Los peregrinos que recorrían las calzadas al amparo del clima de tranquilidad que reinaba en la Europa cristiana y de los numerosos salvoconductos que monarcas, obispos y ciudades les concedían, arrastraban consigo una larga serie de movimientos artísticos, económicos y sociales que necesariamente debían de dejar su huella en estas tierras. La revolución agraria generaba aquí también exce-

⁹ *Dum forum aliquis migrat, sepulture / Datur, ut precipiunt leges et Scripture ; / Est ibi basilica, in qua, qui nature / Sua solvunt debita, sint perenny iure* (versos 121-124, fol. 90)

dentes que reclamaban ser comercializados en otros lugares y que necesitaban centros de distribución más organizados.

La encrucijada navarra de caminos hacia el occidente jacobeo, pero también riojano y castellano, hacia el sur y el Ebro arrebatado a los musulmanes desde finales del siglo XI, y hacia el norte francés y aquitano, de donde llegaban las grandes innovaciones, estaba reclamando para Pamplona un cambio intenso de dirección en su vida económica y social.

Su vocación jacobea queda patente en numerosas manifestaciones tales como establecimientos religiosos, hospitalarios, cofradías, amplia iconografía, pero, en este caso, haremos mención únicamente a aquellas evidencias arqueológicas relacionadas con los enterramientos que muestran la presencia del culto o recuerdo al Apóstol.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX se realizaron numerosas excavaciones en el recinto catedralicio y su entorno, todas ellas bajo la dirección de M^a Á. Mezquíriz que identificó la ciudad de *Pompelo* y realizó estudios fundamentales para conocer el pasado romano de la ciudad¹⁰. En una de ellas, realizada en la **plaza de San José** en 1972 se localizaron en los estratos I y II, dos vieiras perforadas, una de ellas en una zona de enterramientos y la otra en un estrato con materiales muy revueltos entre los que abundaban fragmentos de cerámica medieval. Ambas piezas, debieron de corresponder, sin duda, al cementerio medieval emplazado en los alrededores de la seo pamplonesa y su hallazgo, nos recuerda claramente la presencia de personas ligadas a la peregrinación compostelana, bien peregrinos que en su viaje de vuelta fueron enterrados allí o bien personas de Pamplona, pertenecientes a la cofradía santiaguista que existió en la ciudad ya desde el siglo XIII.

Así, en el antiguo convento de Santiago, emplazado en la actual Plaza del Castillo existió una histórica ermita bajo la advocación de Santiago que dio lugar al primitivo convento de la orden de Predicadores en el siglo XIII. Dicha ermita contaba con un hospital para peregrinos atendido por una cofradía dedicada a Santiago el Mayor desde el siglo XII. Cuando la capilla fue convertida en la iglesia del convento de los dominicos la cofradía conservó sus derechos sobre el templo y continuó utilizándola, trasladándose siglos más tarde, en el siglo XVI, al nuevo convento de los dominicos. La cofradía contaba con estatutos localizados en la iglesia de San Lorenzo como “Cofradía de Santa María y San Jamen”¹¹.

Sin embargo, nuevos datos pueden avalar esta idea habida cuenta que en las excavaciones realizadas en la plaza de San José, dirigidas por M. Unzu, en el año 2009, se constató la presencia de una necrópolis medieval y, en uno de los enterramientos, apareció “in situ” una nueva vieira acompañando al difunto, situada sobre el pecho del mismo, que se trataba de un hombre adulto de edad madura. En este mismo espacio funerario en el entorno de la catedral, concretamente en la **calle Navarrería**, junto a las dependencias del Departamento de Cultura y Turismo, apareció otro enterramiento en el que el cadáver portaba una concha de vieira en

10 MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M^a Á., *Pompelo II*, Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1978, fig. 44-10, 102-26 y lám. XXVI.

11 ARRAIZA FRAUCA, J., *Cofradías de Santiago en Navarra*, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, Pamplona, 1998, pp. 100-102.

la zona del sacro; el cadáver correspondía a un individuo masculino, adulto, de aspecto robusto y fue enterrado justamente sobre los restos de una calle romana¹².

También en las excavaciones realizadas en el interior de la catedral en 1993, se descubrió una sepultura en el crucero norte (tumba 38, tramo VII, D59) de forma rectangular, construida con sillares, orientada de norte a sur, con restos de siete individuos entre los que apareció una concha de vieira (10 x 8,7 cm) con dos perforaciones en su parte superior¹³.

En este sentido resulta interesante hacer referencia a los sellos que, como es conocido, los peregrinos portaban frecuentemente cosidos en sus ropas o sombreros, insignias de diversos materiales que habían adquirido en los santuarios por los que pasaban en su peregrinación, hecho constatado desde la segunda mitad del siglo XII. Quizá las más conocidas eran las vieiras de las playas cercanas a Compostela y respecto a ellas, interesa mencionar que en Navarra, son diversos los enterramientos en los que aparecen, por tanto, la presencia de las veneras como distintivo principal y casi único en el ajuar funerario, permite intuir la importancia que los peregrinos daban a este símbolo. Así se indica en el Libro I, capítulo XVII del *Liber Sancti Jacobi* o *Codex Calixtinus*¹⁴: “Por lo mismo los peregrinos que vienen de Jerusalén traen las palmas, así los que regresan del santuario de Santiago traen las conchas,...la concha significa las obras buenas... y al regresar los peregrinos del santuario de Santiago las prenden en las capas para gloria del Apóstol y en recuerdo de él y señal de tan largo viaje, las traen a su morada con gran regocijo”.

También Aimerico Picaud en el Libro V del *Codex Calixtinus*, concretamente en la denominada *Guía de peregrinos*, al describir el pórtico de Compostela menciona: “Después de la fuente está el atrio o paraíso, según dijimos, pavimentado de piedra, donde entre los emblemas de Santiago venden a los peregrinos las típicas conchas”. Es decir, los peregrinos las colgaban del cuello o las cosían en sus ropajes como emblema indicativo de haber realizado la peregrinación a Compostela. Es lógico, por tanto, que al morir se les enterrara con ellas bien por haber muerto en la ruta de peregrinación o simplemente que, tras haberla realizado, por su devoción hacia el Apóstol quisieran ser enterrados con ellas.

Estos hallazgos de vieiras perforadas en sepulturas, resultan frecuentes en España y en Europa Occidental. Una de las más antiguas es la encontrada en una tumba de la catedral compostelana, fechada hacia 1120¹⁵ y aparecen también en otros contex-

12 El estudio osteoarqueológico, que forma parte de otro más amplio, ha sido realizado por M^a Paz de Miguel Ibáñez del Departamento de Biotecnología, Área de Prehistoria de la Universidad de Alicante.

13 TABAR SARRÍAS, M^a I., “Insignia de peregrino jacobeo”, *Sancho el Mayor y sus herederos. El linaje que europeizó los reinos hispanos*, Vol. II, Pamplona, 2005, p. 752.

14 Aunque a veces se denomina al *Codex Calixtinus* como *Liber Sancti Jacobi*, conviene distinguir entre ambos conceptos. El *Liber Sancti Jacobi* representa el contenido del libro, del cual se gestaron varios manuscritos, el más notable de los cuales es el *Codex Calixtinus* custodiado en la catedral de Santiago de Compostela. La compilación conocida como *Liber Sancti Jacobi* fue redactada en diversas épocas y de forma independiente y debió de estar configurada hacia el año 1140. El *Codex Calixtinus* consta de cinco libros y dos apéndices. El primer libro es de carácter *litúrgico*, el segundo *hagiográfico*, el tercero y cuarto de naturaleza *histórica* y el quinto, que alcanzó una mayor celebridad, es la denominada *Guía para el peregrino. Liber Sancti Jacobi, Codex Calixtinus*, Edit., Moralejo, A., Torres, C., Feo, J., Santiago de Compostela, 1951

15 MORALEJO, S., LÓPEZ ALSINA, F., (Ed.) *Santiago, Camino de Europa. Culto y cultura en la peregrinación a Compostela*, Catálogo de la exposición, pp. 356-357.

tos arqueológicos como en la ermita de San Julián del despoblado de Aistra en Zalduendo (Álava), en Oviedo, en el antiguo hospital de San Juan de Acre de Navarrete (La Rioja), en Jaca o en el santuario de Santa Elena del valle de Tena (Huesca).

Un dato más que nos habla de la importancia de estas vieiras y el valor tautomático que se les llegó a conceder aparece en forma de milagro en el libro II del *Codex*. Así el capítulo XII denominado *Milagro de Santiago expuesto por el Papa Calixto* menciona que en el año 1106 a un caballero de Apulia se le inflamó la garganta y al no encontrar remedio que le sanase, confiando en Santiago, pidió alguna concha de las que llevan los peregrinos para tocar con ella su garganta, con lo cual sanó inmediatamente y marchó después al sepulcro del Apóstol.

Y en este transcurrir por el Camino de Santiago en Navarra, concretamente en Pamplona, conviene destacar un nuevo espacio urbano como es la **Plaza del Castillo**: en ella, con motivo de la realización de un aparcamiento, se llevó a cabo una amplia intervención arqueológica en los años 2002 y 2003, dirigida por M. Unzu, excavación que mostró claramente la historia de Pamplona a lo largo de más de veinte siglos.

En la dicha intervención se localizaron e identificaron restos constructivos pertenecientes al Convento de Santiago. Este monasterio fue fundado en el siglo XI y ocupó un lugar estratégico entre los burgos medievales de La Población y la Navarrería. El edificio, con un marcado carácter defensivo que lo protegía tanto en caso de ataques externos como de las luchas internas, desempeñó un papel importante en la guerra de la Navarrería en 1276.

El monasterio tenía un claustro de planta rectangular adosado a la parte occidental de la iglesia. En el transcurso de la excavación arqueológica se localizó una zona de la crujía norte del claustro, que coincide espacialmente con el límite sureste de la actual plaza. Las estructuras del claustro no conservaban alzados importantes, sin embargo las cotas a las que se inició la excavación coincidían aproximadamente con el suelo original, por lo que fue posible excavar sesenta sepulturas pertenecientes a la necrópolis del convento.

La mayor parte de los enterramientos eran cistas construidas con losas y lajas de piedra en las que se depositaba el cadáver. La orientación de las sepulturas era este-oeste siguiendo el esquema habitual de los cementerios cristianos, heredado del ritual romano. El espacio del cráneo, situado al oeste, habitualmente estaba delimitado por orejeras construidas con lajas pequeñas de modo que la cabeza quedara ligeramente incorporada para que los ojos del difunto mirasen al este para ver la salida del sol. No todas las sepulturas excavadas conservan el cadáver en conexión anatómica ya que son frecuentes las reutilizaciones en muchas de ellas y en consecuencia los restos aparecen amontonados en uno de los lados de la cista. En dos de estos enterramientos se encontraron, sobre el cadáver y en posición original, dos conchas de vieira perforadas que sin duda pertenecieron a dos peregrinos.

El estudio osteoarqueológico realizado de los restos de estos dos enterramientos¹⁶ ha permitido hacer una serie de precisiones que confirman que los dos enterra-

16 El estudio osteoarqueológico, que forma parte de otro más amplio, ha sido realizado por M^a Paz de Miguel Ibáñez del Departamento de Biotecnología, Área de Prehistoria de la Universidad de Alicante.

mientos corresponden a dos mujeres adultas. Apófisis mastoides gráciles, frente aparentemente recta, arcos globulares finos, occipital sin relieve... son características craneales que corresponden a individuos de sexo femenino. Una de ellas, en vida tuvo pérdidas dentales en maxilar y mandíbula, desgaste dental y enfermedad periodontal. En las manos hay signos artrósicos que evidencian gran actividad. Su edad aproximada es de 35 años. El escaso ajuar incluye, además de la concha de peregrino, un anillo de bronce.

Nuevamente, aparece la vieira como distintivo principal y casi único en el ajuar funerario. La cronología de estos individuos, atendiendo a los niveles arqueológicos, puede remontarse al último tercio del siglo XIII. En el total de tumbas excavadas en el convento de Santiago se recuperaron 9 vieiras perforadas, lo cual muestra una proporción bastante alta de peregrinos, cofrades o personas devotas de Santiago que habían realizado el Camino de peregrinación, si se tiene en cuenta que el número de individuos excavados no superaban la centena.

Como objeto curioso, entre los materiales recuperados en este convento de Santiago, cabe destacar un fragmento de asa de una vasija vidriada de color melado que ostenta como decoración la impronta de una pequeña vieira, motivo realmente novedoso y nada común entre los elementos decorativos de las piezas cerámicas medievales.

La **casa del Condestable** está ubicada en el casco histórico de Pamplona, dentro del burgo de San Cernin, entre las calles Mayor y Jarauta, y fue declarada Bien de Interés Cultural en marzo de 1997. Esta casa-palacio, construida en el siglo XVI, ocupa un enclave privilegiado, al estar situada frente a la parroquia históricamente más importante de la ciudad. A esto debemos añadir que la calle Mayor era la arteria principal de este burgo, el más próspero de Pamplona y que su trazado formaba parte del Camino de Santiago, coincidiendo con una de las antiguas vías romanas de salida de la ciudad, que podría corresponder con la prolongación del *decumano máximo*.

El año 2004 el Ayuntamiento aprobó la ejecución del proyecto para la rehabilitación de la Casa del Condestable y su conversión en Centro Cívico del Casco Antiguo de Pamplona. Como parte de los análisis previos que requería un edificio de estas características se realizaron catas de sondeo, dirigidas por M. Unzu, con el fin de evaluar el potencial arqueológico del solar. Los resultados estuvieron, en parte, condicionados por el deficiente estado de conservación del edificio y por las medidas adoptadas para garantizar su estabilidad. Las catas, salvo en un caso, no alcanzaron el sustrato geológico de base y, en varias ocasiones tan sólo fue posible descender unos pocos centímetros, con objeto de no dañar las cimentaciones del inmueble.

La intervención arqueológica se desarrolló entre mayo de 2005 y mayo de 2006. En todo momento las labores de documentación y registro arqueológico, debido a las precarias condiciones de seguridad, debieron ajustarse al procedimiento de rehabilitación. La ausencia de cimentaciones sólidas y el empleo en las paredes de materiales de escasa consistencia, como el adobe o el tapial, obligó a emplear complejos sistemas de entibado y a reforzar constantemente los cimientos.

En el transcurso de la excavación, al margen de los restos arqueológicos inicialmente previstos, en los espacios menos alterados por las viviendas bajomedie-

vales y por las distintas infraestructuras de época moderna y contemporánea, comenzaron a localizarse algunos vestigios vinculados a la etapa inicial de formación y desarrollo del burgo de San Cernin (finales del siglo XI-XII), así como túmulos e hitos de sepulturas relacionadas con una necrópolis de inhumación, anterior a esa fecha, que se extendía por la superficie ocupada por la casa del Condestable y que superaba en todas las direcciones los límites del solar.

En el área cementerial localizada, las sepulturas estaban orientadas oeste-este, con la cabecera al oeste y los pies al este. Seguían, por tanto, la disposición clásica romana, heredada a su vez por el ritual cristiano. Las fosas, en algunos casos, alcanzaban y superaban profundidades de un metro, y fueron excavadas en el estrato geológico de gravas de la terraza cuaternaria del río Arga, sobre el que se ubicó Pamplona. En la construcción de las cámaras funerarias emplearon fundamentalmente lastras monolíticas de roca arenisca formando cistas de planta rectangular o ligeramente trapezoidal, con cubierta también monolítica o por sucesión de lajas. En algunas ocasiones se documentaron muros laterales contruidos por superposición de lajas.

En el proceso de registro se documentaron abundantes reutilizaciones y algunas superposiciones. Dato que apuntaba a un período de utilización dilatado en el tiempo, que pudo prolongarse desde época tardorromana hasta época altomedieval (siglos VIII-IX). En las sepulturas era frecuente la presencia de objetos, tanto de ajuar personal del difunto como de ajuar depositado por quienes lo enterraron, bien por razones rituales o de compromiso afectivo. Entre los citados objetos se encontraron armas, recipientes de cerámica, elementos asociados a la indumentaria y al adorno personal. En la mayoría de los casos, tanto la tipología de los enterramientos como de las piezas encontradas en su interior eran atribuibles a una cronología situada entre los siglos VI-VII, época en la que Pamplona se encontraba bajo la autoridad visigoda, siendo una de sus sedes episcopales.

Los ajuares mostraban ciertas afinidades con los estudiados por A. Azcarate en la cercana necrópolis de *Buzaga* (Valle de Elorz) y con los de la necrópolis de *Argaray*, analizados por M^a A. Mezquíriz¹⁷; las sepulturas presentaban similitudes tanto en su morfología como en la técnica constructiva con las estudiada por M^a A. Beguiristáin en *Gomacín* (Puente la Reina)¹⁸ y a las excavadas en el yacimiento de *Saratsua* (Muruzábal), con motivo de las obras de construcción de la Autovía del Camino, Pamplona-Logroño¹⁹. Los materiales procedentes de las necrópolis de *Buzaga* y de *Argaray* han sido fechados, en su mayoría, entre los siglos VI y VII. Sin embargo, en el proceso de excavación de la casa del Condestable, en el interior de algunas de las tumbas se encontraron sortijas y anillos que presentaban textos epigráficos en caracteres cúficos arcaicos. Por este motivo, todo indica que el período de uso del cementerio debió prolongarse, al menos, hasta el siglo VIII.

17 MEZQUÍRIZ DE CATALÁN, M^a Á., "Necrópolis visigoda de Pamplona", *Príncipe de Viana*, 98-99, Pamplona, 1965, pp. 107-132.

18 BEGUIRISTÁIN, M^a A., ETXEBERRIA, F., HERRASTI, L., "Tres tumbas de la etapa hispano-goda en Gomacín, Puente la Reina (Navarra)", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 9, Pamplona, 1991, pp. 226-233.

19 RAMOS AGUIRRE, M., "Saratsua (Muruzábal)", *Bajo el Camino. Arqueología y mineralogía en la Autovía del Camino*, Pamplona, 2006, pp. 177-178.

El número de enterramientos documentados fue de 153. Una densidad elevada, ya que existían amplias superficies en las que las sepulturas habían resultado destruidas por muy diferentes causas. Las primeras edificaciones del burgo de San Cernin (finales siglo XI-XII), no causaron daños significativos al cementerio, aunque puntualmente algunas de las tumbas sí quedaron seccionadas o destruidas por su coincidencia espacial con depósitos en hoyo (pozos de captación de agua, silos, vertederos...). Por el contrario, la posterior construcción de las viviendas vinculadas a la traza gótica de Pamplona (siglos XIII-XIV) originó una fuerte alteración del depósito arqueológico, al incluir en su distribución interna sótanos y bodegas.

En este contexto medieval de los siglos XIII y XIV, se encontraron diversos materiales en algún caso asociados a enterramientos entre los que destacamos la presencia de dos vieiras, una de ellas fragmentada y la otra casi completa y con una perforación en su extremo distal. Además cabe mencionar la aparición de diversos fragmentos de una vasija vidriada con una curiosa decoración de vieiras.

3. *Santa María de Eunate*

En el otro ramal del camino francés, el que conduce desde Santa Cristina de Somport a Puente la Reina, después de atravesar Enériz, en tierras de Valdizarbe, se abandona la carretera y por un camino se llega a la solitaria iglesia de Santa María de Eunate, sorprendente edificio cuya finalidad ha estado frecuentemente sumergida en un ámbito de difícil comprensión, de leyendas, suposiciones... que han afectado incluso a su nombre habida cuenta que la denominación de Eunate y su significado de “cien puertas”, es relativamente reciente, dado que el primero en proponerla fue Juan Iturralde y Suit, ya en el siglo XIX. Hasta dicho momento y, desde principios del siglo XIII, el nombre con el que figuraba la ermita y su entorno en la documentación era Onat, Onate, Unat o Unate²⁰.

El conjunto, de estilo románico tardío, construido alrededor de 1200, tiene planta octogonal circundada por una hermosa galería porticada también octogonal. En su lado oriental se alza un ábside pentagonal y todas las aristas tanto del ábside como del edificio aparecen reforzadas por columnas; en sus lienzos, además de las ventanas caladas y ciegas, se abren dos portadas de acceso, la del norte, muy decorada, frente al Camino, la del poniente, sencilla frente al altar. En su interior, destaca su sistema de cubierta, de indudable influencia musulmana, formando una bóveda de nervios cuadrangulares sin clave común. Su capilla mayor, reducida de tamaño, ostenta una imagen de Santa María, reproducción moderna de otra desaparecida.

Respecto al origen y destino del conjunto de edificios también las teorías y suposiciones han sido muy variadas dado que fue considerada parroquia de un despoblado, lo cual queda descartado al no figurar en libros de fuegos o en relaciones de despoblados; además no existen a su alrededor vestigios que así lo confirmen. ¿Hospital de peregrinos jacobeos?, tampoco parece factible a causa de la falta de do-

20 JIMENO JURÍO, J. M^a, *Eunate. Hito jacobeo singular*; Panorama, 26, Pamplona, 1998, p. 13

cumentación explícita y, aunque aparece documentado el paso de peregrinos por la zona, nunca se alude a la presencia de un hospital, mientras que sí los hubo en las vecinas localidades de Obanos y Puente la Reina. ¿Cementerio de peregrinos? Esta fue una de las hipótesis más aceptadas desde que M.E. Lambert, en el primer tercio del siglo XX, atribuyó a las iglesias de Eunate y Torres del Río su condición de “capillas funerarias”, a lo cual se añadía la presencia de una “linterna de los muertos” que cumplía la doble misión de ser lámpara votiva por los difuntos y luminaria para guiar en el camino a los peregrinos. Confirmaba esta idea la aparición de diversos restos humanos en las inmediaciones de la iglesia en la restauración realizada en 1941. Sin embargo, ambas propuestas, tanto la de cementerio de peregrinos como la de la existencia de una linterna de muertos han quedado totalmente descartadas. ¿Convento de Templarios?, es la propuesta que más adeptos ha tenido en las últimas décadas y la que sigue repitiendo anteponiendo, ante todo, la imaginación a la realidad histórica. En este sentido hay que tener en cuenta que, al disolverse la Orden de los Templarios en 1312, sus bienes y documentación pasaron a la del Hospital de San Juan de Jerusalén y, en dichos fondos, conservados en el Archivo Histórico Nacional, no existen alusiones a Eunate como ya apuntó J. M^a Lacarra en 1941²¹.

Por tanto ¿cuál fue el origen y destino de Eunate?, se trató, según la documentación conocida de una cofradía que ya a comienzos del siglo XIII era propietaria del templo, de sus dependencias y de un importante patrimonio en las comarcas de Valdizarbe y la Valdorba. Cofradía que tenía ordenanzas²² o Constituciones que señalan que su finalidad era el servicio de Santa María de Onate y el provecho de los cofrades difuntos y vivos, en la que se ayudaba a los cofrades enfermos y empobrecidos y a los difuntos. De hecho, de los 35 capítulos de que constan las constituciones de 1487, más de la mitad aluden a la muerte, al enterramiento de cofrades y a los ritos funerarios.

Sin embargo, entre toda la documentación conservada existe un dato (documento de hacia 1520²³) realmente curioso que hace referencia a los enterramientos de la ermita y señala “que entre otras sepulturas hay una señalada y principal, en la que fue enterrada la Reina o aquella señora que mandó edificar la iglesia y cada año se visita la sepultura en conmemoración de ella”. También en el siglo XVII se mantenía el rito anual de rezar un responso “en el túmulo que está en el cementerio de la ermita, apartado de las otras sepulturas donde dicen está enterrada la fundadora de dicha ermita”

Si estamos ante un relato legendario, la historia de la cofradía y los datos arqueológicos confirman la existencia de este y otros enterramientos. Así en 1941 en las obras de restauración llevadas a cabo por la Institución Príncipe de Viana bajo la dirección de J. Yárnoz Larrosa se descubrió la existencia de sepulturas, entre ellas una aislada, bien conservada en la que se encontró una concha de peregrino. Asimismo, en los intercolumnios, bajo los arcos aparecieron diversos restos humanos,

21 LACARRA, J. M^a, “Eunate”, *Príncipe de Viana*, 5, Pamplona, 1941, pp. 39-42

22 JIMENO JURÍO, J. M^a, *Eunate*, p. 47

23 *Ibidem*, p. 49

lo que hizo suponer que eran “osarios” dada las reducidas dimensiones de las cistas funerarias y entre ellos apareció una nueva vieira perforada²⁴.

Sin embargo, Eunate se ha visto inmersa en los últimos años en un mundo de ritos iniciáticos en los que diversas personas, convencidas de la eficacia taumaturgica del edificio realizan una serie de ceremonias, vistiendo túnicas, vestidos guerreros, danzando acompasadamente, girando en torno a una hoguera y emitiendo sonidos nasales y guturales de difícil comprensión buscando los poderes telúricos ocultos en el subsuelo y los edificios²⁵. Un mundo de esoterismo y leyendas muy complejo pero que va arraigando desfigurando la realidad histórica.

4. Estella. Iglesia del Santo Sepulcro

“Estella, fértil en buen pan y excelente vino, así como en carne y pescado, y abastecida de todo tipo de bienes” “Por Estella pasa el Ega, de agua dulce, sana y extraordinaria”, hermosas palabras de Aimerico Picaud sobre este lugar tan unido al Camino de Santiago. Estella, hija de la peregrinación, ciudad jacobea por excelencia, ciudad nacida para el Camino tuvo en época medieval importantes cofradías destinadas a la atención de los peregrinos, como la de los Sesenta o de Santiago, San Lázaro, Santo Sepulcro y Lizarra, desde el siglo XII o las de San Pedro, Navarrería y Hospital de San Juan, desde el siglo XIII. Heredera de estas antiguas cofradías es la actual asociación de Amigos del Camino de Santiago de Estella que, promociona y señala el camino, dinamiza la labor cultural, organiza peregrinaciones, marchas y alberga y asiste a los peregrinos.

Esta Asociación tuvo sus precedentes, dado que existió en el lugar una cofradía dedicada a Santiago el Mayor denominada “Los Sesenta o de Santiago”, citada ya en el año 1174, cuando el obispo de Pamplona, Pedro de París, concedió a la misma el santuario de Santa María del Puy. En esta donación, se cita una iglesia que los cofrades deben edificar y mejorar, lo que parece indicar que no se trata de un edificio ya construido. Cofradía favorecida asimismo por los reyes, Teobaldo II legó en su testamento de 1270 diversas mandas a los cofrades de Santa María del Puy, para mantener un capellán y poder proporcionar vestido y calzado a trece pobres el día de Todos los Santos. Tuvo un desarrollo brillante aunque, a veces, azaroso pues las rivalidades entre esta cofradía y la de Santa María de Salas, motivaron la disolución de ambas instituciones por parte de Carlos I el Calvo en 1323, sin embargo, la de los Sesenta fue repuesta y nuevamente suspendida en 1346, aunque fue mantenida la capellanía fundada por Teobaldo II. Se tienen noticias de ella hasta 1816. Hacia 1970 la cofradía todavía celebraba fiesta en el monasterio de las Benedictinas.

Contó asimismo con cinco hospitales: Santa María, situado en la Navarrería; San Pedro, en el barrio del mismo nombre; San Millán, fuera del casco urbano, San Salvador, en el barrio de San Miguel y San Juan, el mejor dotado de todos.

24 YÁRNOZ LARROSA, J., “Las iglesias octogonales en Navarra”, *Príncipe de Viana*, 6, Pamplona, 1945, pp. 515-522.

25 JIMENO JURÍO, J. M^a, *Eunate*, pp. 68-71

En el año 1988 se realizó un control arqueológico, que tenía como fin la adecuación del entorno de la iglesia del Santo Sepulcro. Esta iglesia, que inició su construcción en el siglo XII, vio interrumpirse sus obras en el siglo XIV, de tal manera que el proyecto original quedó inacabado. En el control citado, realizado en la parte exterior del ábside del lado del Evangelio, se identificó un área con abundantes restos humanos muy fragmentados, que se interpretó como un osario. Entre los restos, la aparición de una vieira, nos habla de la presencia de una persona unida al camino de peregrinación²⁶.

La iglesia, emplazada junto al camino y cercana a uno de los hospitales de la ciudad, muestra en su fachada una interesante iconografía jacobea. Así, en la monumental fachada del lado del evangelio, a ambos lados de la rica portada, corre un friso de cuadrilóbulos donde asientan dos grupos de seis hornacinas encuadradas lateralmente por pilares que albergan estatuas de los doce apóstoles, con sus respectivos símbolos, entre ellos la imagen de Santiago apóstol y peregrino. Se trata de una talla pétrea gótica de la primera mitad del siglo XIV. Imagen de pie con túnica y manto, porta sportilla con veneras, libro y cabeza cubierta con paño y sombrero. Posiblemente ha perdido el bordón que sujetaba en su mano derecha. También, a ambos lados de la portada principal aparecen dos monumentales estatuas de bulto redondo, de estilo y cronología semejantes al resto de la portada. La escultura de piedra de Santiago peregrino, del siglo XIV, aparece barbada, con paño o sombrero sobre su cabeza, larga túnica y escarcela. No se conservan los atributos de sus manos, que aparecen mutiladas y que posiblemente fueran libro en su mano izquierda bordón en la derecha. La imagen se encuentra en un avanzado estado de deterioro.

5. Torres del Río. Iglesia del Santo Sepulcro

Desde Sansol y, después de atravesar el río Linares se llega a Torres del Río, lugar del que la *Guía de Peregrinos* dice: «Por la localidad llamada Torres en territorio navarro, pasa un río mortífero para los animales y las personas que lo beben». Torres del Río o Torres de Sansol, al borde de la ruta de peregrinación a Santiago, a la mitad del camino entre Los Arcos y Viana, enmarcada por un paisaje pintoresco de hermosas vistas, cobijadora del monumento singular del Santo Sepulcro. Existía ya antes de la invasión musulmana y, según refieren las crónicas fue reconquistada tras la toma de Monjardín. Tuvo hospital de peregrinos al que Teobaldo II favoreció en su testamento con una manda de 10 sueldos, al igual que a los de Los Arcos y Viana.

La verdadera joya arquitectónica del lugar es la iglesia del Santo Sepulcro, emplazada al borde del camino de peregrinos, acorralada y oprimida por los edificios circundantes, edificio singular, monumento cumbre del románico navarro del siglo XII, magníficamente estudiado y analizado por J. Martínez de Aguirre y L. Gil Cornet²⁷. En este caso, interesa conocer su carácter funerario y las diversas evidencias arqueológicas, así en el siglo XVII, José de Moret en sus *Anales del Reino de Navarra*,

26 TABAR SARRÍAS, M^a I., “Insignia de peregrino jacobeo”, p. 753.

27 MARTÍNEZ DE AGUIRRE, J., GIL CORNET, L., *Torres del Río. Iglesia del Santo Sepulcro*, Panorama, 34, Pamplona, 2004.

mencionaba que el templo había pertenecido, hacia el año 1100, al monasterio benedictino de Irache y, además, dio cuenta de que “junto a la puerta, en el que debía ser cementerio y ya se pisa como camino público, se habían descubierto modernamente cuerpos vestidos con telas de seda y cintos con los hierros dorados”, prueba de un preferente uso funerario y de la calidad de quienes allí fueron enterrados.

Descartada totalmente su adscripción a los caballeros de la Orden del Temple, la iglesia de Torres del Río fue dependiente del cabildo del Santo Sepulcro de Jerusalén y destinada a que su atrio sirviera de lugar de enterramiento privilegiado, además empleó recursos variados para evocar la iglesia madre de Jerusalén, monumento funerario por excelencia del mundo cristiano²⁸. En realidad, ninguno de los edificios románicos navarros perteneció a los templarios, habida cuenta que la iglesia de Santa María de Eunate, estuvo relacionada con una cofradía de carácter funerario y el Espíritu Santo de Roncesvalles pertenece a un tipo arquitectónico muy particular, puesto que se trata de un profundo carnario dispuesto bajo una capilla. Tampoco es posible admitir las hipótesis que la consideran linterna de muertos o faro de peregrinos, dato comprobado en las últimas restauraciones. En este sentido, conviene tener en cuenta que el socorro a los peregrinos errantes en parajes muy dificultosos, se realizaba mediante el sonido de una campana y su emplazamiento en el fondo de un valle lo hace invisible a los peregrinos hasta que acceden al lugar.

Conocidos los enterramientos de la zona exterior de la iglesia, en la restauración del edificio llevada a cabo en el año jacobeo de 1993, se practicó una excavación en el interior del edificio²⁹, dirigida por M. Unzu, en la que aparecieron varios pozos de forma circular, encontrando en uno de ellos una piedra tallada en arenisca de 80 cm de altura que presenta un relieve en uno de sus lados coincidente con la iconografía tradicional del crucificado. El hallazgo fue interpretado como el fragmento de una estela funeraria medieval, sin embargo, posteriores estudios apuntan a la idea de que pudo haber sido enterrada allí con plena conciencia de hacerlo en un edificio dedicado al Santo Sepulcro³⁰.

6. Artajona. Iglesia de San Saturnino

Y llegamos a un nuevo emplazamiento, alejado de los grandes caminos de peregrinación como es el cerco de Artajona, en la zona de la Navarra Media, concretamente la iglesia de San Saturnino, advocación profundamente jacobea que nos remite, al igual que la iglesia de Pamplona, a la iglesia de Saint Sernin de Toulouse. En este sentido, conviene recordar que el obispo de Pamplona, Pedro de Roda (1083-1115), nacido en Rodez y formado en Santa Fe de Conques había asistido a la ceremonia de consagración de Saint Sernin de Toulouse en 1096 y en el marco de esta vinculación con la zona del Languedoc hizo una donación a dicha iglesia, en 1084, con-

28 *Ibidem*, p. 92

29 UNZU URMENETA, M., CAÑADA PALACIO, F., LABÉ VALENZUELA, F., “Iglesia del Santo Sepulcro de Torres del Río: estela funeraria”, *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, 27, Pamplona, 1995, pp. 623-627.

30 MARTÍNEZ DE AGUIRRE, J., GIL CORNET, L., *Torres del Río*. p. 97

sistente en una pequeña iglesia dedicada a San Juan que poseía en Artajona, además de otros bienes. De esta manera la iglesia de Artajona quedaba en propiedad de los canónigos de Tolosa que recibieron diversas donaciones hasta crear un rico patrimonio y, el culto a San Saturnino, también evangelizador de Pamplona según diversos relatos originados en esas fechas se advierte en el cambio de la dedicación del templo³¹. Esta vinculación con la iglesia tolosana se mantuvo hasta el siglo XVII, dado que en 1625 la colegiata de Roncesvalles pudo permutar con Saint Sernin de Toulouse la encomienda de Samatán por el priorato navarro de San Saturnino de Artajona, además de una compensación de 1.400 pesos (22.400 reales)³².

En el año 2008, con motivo de las obras de reurbanización del entorno de la mencionada iglesia, se llevó a cabo una intervención arqueológica dirigida por M. Unzu, adaptada a las necesidades del proyecto que contemplaba una nueva pavimentación. La naturaleza del área objeto de estudio era garantía suficiente para predecir su uso como recinto funerario. El número final de sepulturas documentadas alcanzó el centenar, aunque sólo se completó el proceso de excavación en 24 de ellas. En los casos restantes, tras delimitar las cámaras funerarias y concluir las labores de registro, se adaptaron las cotas de pavimentación para evitar que incidieran en los enterramientos³³.

Las sepulturas, en la mayoría de los casos mantenían la orientación oeste-este de los cementerios cristianos. No obstante se localizaron agrupaciones de enterramientos en las que se había modificado esta tradicional orientación para adaptarlas a construcciones precedentes. El ejemplo más representativo es de un grupo de sepulturas situadas junto a la torre-campanario que llevan una orientación noreste-sureste. Tres de ellas (sepulturas 10, 11, 12) se adosaron a la cimentación de uno de los lados.

Entre los objetos depositados en el interior de las tumbas, al margen de la presencia esporádica de elementos austeros de adorno personal, destaca el hallazgo de tres conchas de vieira con doble perforación. Dos de ellas, por su posición, no se han podido asociar a un enterramiento concreto, la tercera se encontró en el interior de la sepultura 10, sobre la pelvis del individuo inhumado. La cronología de esta inhumación puede situarse entre los siglos XIV y XV y es posterior a la construcción de la torre campanario, fechada a comienzos del siglo XIV, dado que la sepultura se adosa a sus cimentaciones.

7. *Peralta. Arlas*

Arlas es un antiguo despoblado de Peralta documentado ya en el siglo XI y en su término tuvieron propiedades el monasterio de Irache y Santa María de Roncesvalles. Su iglesia de Santa María fue incorporada a finales del siglo XI a la abadía

31 MARTÍNEZ DE AGUIRRE, J., "El edificio gótico y su ornamentación", *San Saturnino de Artajona*, Fundación para la conservación del Patrimonio Histórico de Navarra, Pamplona, 2009, pp. 77-79

32 MIRANDA GARCÍA, F., *Roncesvalles. Trayectoria patrimonial (siglos XII-XIX)*, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, Pamplona, 1993, p. 155-156.

33 FARO CARBALLA, J. A., GARCÍA-BARBERENA, M., UNZU URMENETA, M., "Entorno de la iglesia. Intervención arqueológica", *San Saturnino de Artajona*, Fundación para la conservación del Patrimonio Histórico de Navarra, Pamplona, 2009, p. 59-74.

de Montearagón (Huesca), y el lugar debió de despoblarse a finales del siglo XIII, quizá a causa de una peste.

En las excavaciones realizadas en la década de los 90 del siglo XX, dentro del edificio, totalmente en ruinas, se encontraron diversos enterramientos y en uno de ellos apareció una concha de vieira, posiblemente relacionada con algún peregrino o con la adscripción a una de las cofradías santiaguistas tan abundantes en la zona como las de las vecinas localidades de Funes y Falces.

8. Ujué. Santuario de Santa María

También en las tierras de la Navarra Media se emplaza Ujué alzándose majestuosa sobre la cresta de la sierra, último vestigio pirenaico, que se adentra en la Navarra Media y divide las cuencas del Aragón y su afluente el Cidacos. Su situación le proporciona un amplio panorama que alcanza más allá de las fronteras navarras.

Atalaya cristiana sobre la Ribera y centro de peregrinación importante ya desde la Edad Media, Carlos II (1349-1387) fue el primer rey que eligió a la Virgen de Ujué como protectora de sus empresas, por lo que visitó frecuentemente el santuario, haciéndole múltiples donaciones. Su sucesor Carlos III (1387-1425) continuó esta devoción a la Virgen de Ujué, a cuyo santuario acudió con frecuencia, siendo célebres sus romerías y las de los miembros de su casa. Estas peregrinaciones prosiguieron bajo el reinado de Doña Blanca que dispuso en su testamento ser sepultada delante del coro de la iglesia; sin embargo tras su muerte en tierras castellanas, quedó enterrada en Santa María de Nieva (Segovia). Arraigada esta devoción en la casa real Navarra, fue mantenida por el Príncipe de Viana y la princesa Leonor, que concedieron a la villa diversos privilegios. Convertida así la primitiva fortaleza en santuario, y de manera semejante a como lo hicieron los reyes, cada primavera llegan miles de romeros para venerar a la Virgen de Ujué.

Anteriormente se ha hecho referencia a la importancia de las vieiras en la indumentaria de los peregrinos, pero también había otros emblemas con forma de piezas metálicas planas, provistas de anillas para ser cosidas en la ropa, semejantes en la forma a los sellos de titular eclesiástico, es decir en forma de ojiva; entre ellas, una de las más conocidas o al menos de las más abundantes, son los sellos de Nuestra Señora de Rocamador, de la cual se conservan en Navarra dos espléndidos ejemplares en lámina de plata repujada y dorada que se han conservado clavados como adorno en el trono de la Virgen de Ujué. Ambas llevan la leyenda: SIGILLVM BEATE MARIE DE ROCAMADOR, y es probable que se fabricaran en el santuario de Quercy o bien se vendieran en otros establecimientos del Camino bajo la misma advocación³⁴

En las excavaciones realizadas en el interior de la iglesia y su entorno, dirigidas por M. Unzu, se descubrieron diversos enterramientos, como algunas sepulturas antropomorfas en la zona del ábside y del presbiterio que ofrecen una cronología del

34 MENÉNDEZ PIDAL DE NAVASCUÉS, F., "Emblemas de peregrinos y de la peregrinación a Santiago", *El Camino de Santiago, la hospitalidad monástica y las peregrinaciones*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 1992, p. 365-373.

siglo X. En el exterior, en el estrecho espacio que circunda la puerta sur, se encontró un nuevo recinto sepulcral, perteneciente al siglo XVIII y cuya disposición de enterramientos resulta verdaderamente extraña dado que su orientación es de norte a sur, debido fundamentalmente a la adaptación del recinto a un exiguo espacio en el que se creó un emparrillado de sepulturas perfectamente alineadas.

Merece destacar en esta excavación de la portada sur, la localización, en el ángulo izquierdo, de un carnario o pudridero contemporáneo a la fachada, es decir, del siglo XIV. La arquitectura es sencilla pero singular y cuidada; tiene dos cámaras paralelas, cada una de ellas con un arco apuntado donde reposaban las cabezas y un resalte o pequeña cornisa recorre la fachada para soportar las tapas. Como es conocido, el pudridero o carnario es la cámara destinada a los cadáveres antes de colocarlos en el panteón.

Antes de proceder a la cubrición de la necrópolis del siglo XVIII, se realizó en este espacio una cata en profundidad en la que se descubrieron dos enterramientos de época medieval, del siglo XIII, perfectamente alineados y en dirección este-oeste, encontrándose en uno de ellos (enterramiento 34) una concha de vieira con dos perforaciones asociada al individuo enterrado que se trata de una persona joven de 17 o 18 años³⁵. Los dos individuos estaban depositados en decúbito supino con los brazos flexionados y las manos cruzadas sobre el pecho.

En este sentido, conviene tener en cuenta que existió en el lugar una cofradía de Santiago a pesar de que las noticias conocidas son escasas y modernas. Figura en 1771, momento en que se dice que era “antiquísima” y en diversas visitas pastorales posteriores. Las últimas noticias escritas de la cofradía son de 1833. El requisito para entrar en la cofradía era peregrinar a Compostela³⁶, por lo que cabe suponer que la persona inhumada con una vieira perteneciera a esta cofradía santiaguista.

Así, al amparo de la memoria del apóstol, las luminarias que alumbraron el hallazgo de su tumba no dejaron de resplandecer a lo largo y ancho de la Europa naciente y no en menor grado el alma de innumerables peregrinos de ayer y de hoy, son los mejores testigos del Camino, pues no hay que olvidar que las principales motivaciones del peregrino son ver, caminar, contemplar y orar.

35 El estudio osteoarqueológico, ha sido realizado por M^a Paz de Miguel Ibáñez del Departamento de Biotecnología, Área de Prehistoria de la Universidad de Alicante.

36 ARRAÍZA FRAUCA, J., *Cofradías de Santiago en Navarra*, p. 125.



En las recientes excavaciones realizadas junto a la ermita de San Salvador de Ibañeta (2009) se localizó un espacio cementerial en el que, entre los escasos restos de ajuar, apareció un fragmente de vieira.



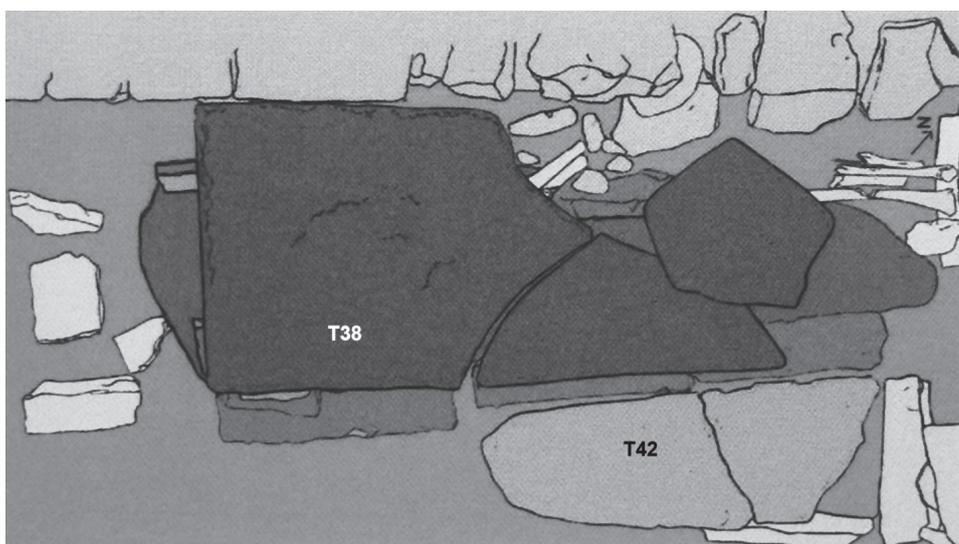
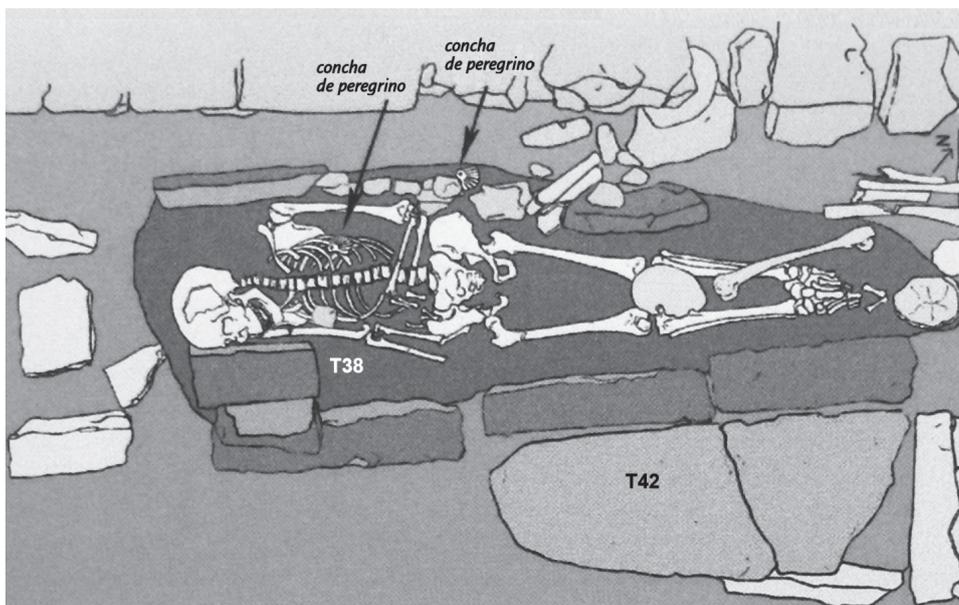
Si los peregrinos fallecían, era también deber de los hospitales darles digna sepultura. El carnario de Roncesvalles en la capilla del Espíritu Santo es una de las mejores muestras de esta obra de misericordia.

Enterramiento de la plaza de San José en el entorno de la catedral de Pamplona. El cadáver lleva en su pecho una concha de vieira.



Otra concha de vieira en la zona pélvica apareció en este cadáver encontrado en la calle Navarrería, también en el entorno de la Catedral.





En las excavaciones realizadas en la Plaza del castillo, se localizó el espacio cementerial del antiguo convento de Santiago. Aparecieron dos enterramientos de dos mujeres que portaban conchas de vieira.

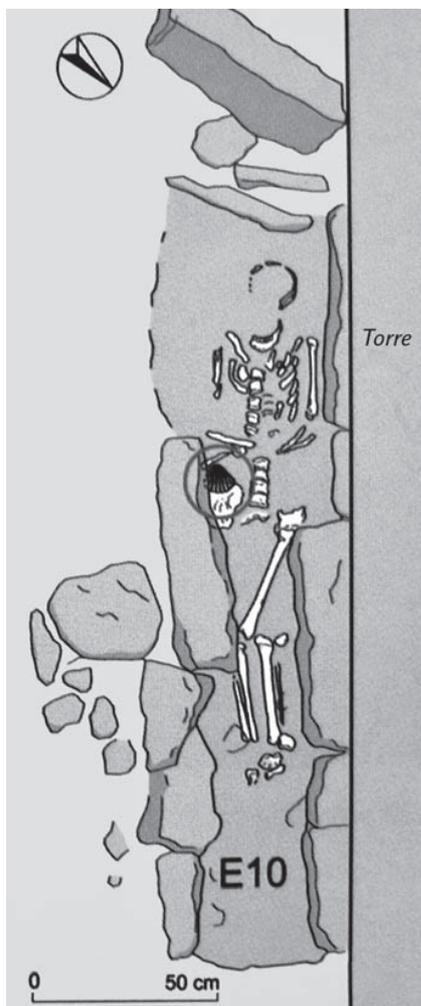
Con motivo de la restauración de la iglesia de Santa María de Eunate llevada a cabo en 1940, se excavó el espacio circundante en el que aparecieron diversos enterramientos y, entre su ajuar, dos conchas de vieira.



En el año 1988 se realizó un control arqueológico en el entorno de la iglesia del Santo Sepulcro de Estella. Entre los restos, la aparición de una vieira, nos habla de la presencia de una persona unida al camino de peregrinación.

En la restauración del Santo Sepulcro de Torres del Río llevada a cabo en 1993, se realizaron excavaciones en su interior, en el interior de un pozo se localizó una piedra tallada en arenisca de 80 cm de altura que presenta un relieve en uno de sus lados coincidente con la iconografía tradicional del crucificado. El hallazgo fue interpretado como el fragmento de una estela funeraria medieval.





En el año 2008, con motivo de las obras de reurbanización del entorno de la iglesia de San Saturnino de Artajona, se llevó a cabo una intervención arqueológica en la que se descubrió un espacio cementerial en su entorno.

Cadáver con vieira localizado en el entorno de la iglesia de San Saturnino de Artajona. Siglo XIV.

Santuario de Santa María de Ujué. En el exterior, en el estrecho espacio que circunda la puerta sur, se encontró un recinto sepulcral, perteneciente al siglo XVIII. Bajo él, se excavaron dos tumbas medievales apareciendo en una de ellas una concha de vieira asociada al enterramiento.

